

fui a esperar a Lorenzo y a los bogas. Estos quedaron muy contentos con mi persona, se despidieron de mí de la manera más cordial, deseándome salud, después de apurar dos copas de cognac y de haberme recibido una carta para el administrador.

LIX

Al sentarnos a la mesa, manifesté a D*** que deseaba continuar el viaje la misma tarde, si era posible, suplicándole venciese las dificultades.

El pareció consultar a Lorenzo, quien se apresuró a responderme que las bestias estaban en el pueblo y que la noche era de luna. Le di orden para que sin demora preparase nuestra marcha; y en vista de la manera cómo lo resolví, D*** no hizo observación de ninguna especie.

Poco rato después me presentó Lorenzo los arreos de montar, manifestando por lo bajo cuánto le complacía el que pernoctásemos en Juntas. Arreglado lo necesario para que D*** pagase la conducción de mi equipaje hasta allí y lo pusiera en camino nuevamente, nos despedimos de él y montamos en buenas mulas, seguidos de un muchacho que, caballero en otra, llevaba al arzón un par de cuchugos pequeños con mi ropa de camino y algo de avío que se apresuró a poner en ellos nuestro huésped.

Habíamos vencido más de la mitad de la subida de la puerta, cuando se ocultaba ya el sol. En los momentos en que mi cabalgadura tomaba aliento, no pude menos de ver con satisfacción la hondonada de donde acababa de salir, y respirar con deleite el aire vivificador de la sierra. Veía ya en el fondo de la profunda vega la población de Juntas con sus techumbres pajizas y cenicientas: el Dagua, lujoso con la luz que entonces le bañaba, orlaba el islote del caserío, y rodando precipitadamente hasta perderse en la

revuelta del Credo, volvía a platear muy lejos en las playas de Sombrerillo. Por primera vez después de mi salida de Londres, me sentía absolutamente dueño de mi voluntad para acortar la distancia que me separaba de María. La certeza de que solamente me faltaban por hacer dos jornadas para terminar el viaje, hubiera sido bastante para hacerme reventar durante ellas cuatro mulas como la en que cabalgaba. Lorenzo, experimentado de lo que resulta de tales afanes en tales caminos, trató de hacerme moderar algo el paso, y con justo pretexto de servir de guía, se colocó delante, a tiempo que faltaba poco para que coronáramos la cuesta. Cuando llegamos al Hormiguero, solamente la luna nos mostraba la senda. Me detuve, porque Lorenzo había echado pie a tierra allí, lo cual tenía en alarma a los perros de la casa. Recostándose él sobre el cuello de mi mula, me dijo sonriendo:

—¿Le parece bueno para que durmamos aquí? Esta es buena gente y hay sitio para las bestias.

—No seas flojo—le contesté,—yo no tengo sueño y las mulas están frescas.

—No se afane—me observó tomándome el estribo;—lo que quiero es ventear estos judas, no sea que se nos achajuanen por estar tan ovachonas. Justo viene con mis mulas para Juntas—continuó escinchando la mía,—y según me dijo ese muchacho a quien encontramos en la Puerta, debe llegar esta noche en Santa Ana, si no consigue llegar a Hogas. Donde le encontremos, tomaremos chocolate e iremos a dormir un ratico por ahí donde se pueda. ¿Le gusta así?

—Por supuesto: es necesario llegar a Calí mañana a la tarde.

—No tanto: dando las siete, en San Francisco iremos entrando, pero yendo a mi paso, porque no, daremos gracias en llegar a San Antonio.

Hablando y haciendo, bañaba los lomos de las mulas con buchadas de anisado. Sacó fuego de un eslabón y encendió un cigarro; echó una recomendación al muchacho que venía «colgándose»,

porque diz que su mula era «cuervuda», y emprendimos nuevamente la marcha, mal despedidos por los gozques de la casita. No obstante que el camino estaba bueno, es decir, seco, no pudimos llegar a Hogas sino pasadas las diez. Sobre el plano que corona la cuesta, blanqueaba una tolda. Lorenzo, fijándose en las mulas que rano-neaban en las orillas de la senda, dijo:

—Ahí está Justo, porque aquí andan el Taborero y Frontino, que nunca desmanchan.

—¿Qué gente es?—le pregunté.

—Pues machos míos.

Un silencio profundo reinaba en torno de la caravana arriera: un viento frío columpiaba los cañaverales y mandules de las faldas vecinas, avivando las brasas amortiguadas de los fogones inmediatos a la tolda. Junto a uno de ellos dormía enroscado un perro negro, que gruñó al sentirnos y ladró al reconocernos por extraños.

—¡Avermaría!—gritó Lorenzo, dando así a los arrieros el saludo que entre ellos se acostumbra al llegar a una posada.

—¡Calla, Barbillas!—agregó echando pié a tierra y dirigiéndose al perro.

Un mulato alto y delgado salió de entre las barricadas de zurrónes de tabaco que tapiaban los costados de la tolda por donde ésta no llegaba hasta el suelo: era el caporal Justo.

Vestía camisa de coleta con pretensiones de blusa corta, calzoncillos bombados y tenía la cabeza cubierta con un pañuelo atado a la nuca.

—¡Olé! ñor Lorenzo—dijo a su patrón, reconociéndolo, y agregó:—¿Este no es el niño Efraín?

Correspondimos a sus saludos: Lorenzo con un pampeo en la espalda y una chanzoneta, yo lo más cariñosamente que el estropeo me lo permitía.

—Apéense—continuó el caporal,—traerán cansada alguna mula.

—Las tuyas serán las cansadas—le respondió Lorenzo,—pues vienen a paso de hormiga.

—Ahí verá que no. Pero, ¿qué andan haciendo a estas horas?

—Caminando mientras tú roncas. Déjate de con-versas y manda al guión que nos atice unas brasas para hacer chocolate.

Los otros arrieros se habían despertado, así como el negrito que debía atizar. Justo encendió un cabo de vela, y después de colocarlo en un plátano agujereado, tendió un cobijón limpio en el suelo, para que yo me sentase.

—¿Y hasta dónde van ahora?—preguntó mientras Lorenzo sacaba de sus cojinetes provisiones para acompañar al chocolate.

—A Santana—respondió.—¿Cómo van las muletas? El hijo de la García me dijo al salir de Juntas que se te había cansado la Rosilla.

—Es la única maulona; pero ten con ten, ahí viene.

—No vayas a sacar carga de fardos con ellos.

—¡Tan fullero que era yo! ¡Y qué buenas van a salir las condenadas! Eso sí, la Manzanilla me hizo en Santa Rosa una de todicos los diablos: quién la ve tan tasajuda y es la más filática; pero ya va dando: con los hatillos la traigo desde Platanares.

La olleta de chocolate hirviendo entró en escena, y los arrieros, a cual más listo, ofrecieron sus matecillos de cintura para que lo tomásemos.

—¡Válgame!—decía Justo, mientras yo saboreaba aquel chocolate arrieraamente hecho y servido; pero el más oportuno que me ha venido a las manos.—¿Quién iba a conocer al niño Efraín? Al reventón llevará a ño Lorenzo, ¿no?

En cambio de su agua tibia de calabaza, dimos a Justo y a sus mozos buen brandy, y nos dispusimos a marchar.

—Las once irán siendo—dijo el caporal alzando a ver la luna, que bañaba con blanca luz las altivas lomas de los Chancos y Bitaco.

Ví el reloj, y efectivamente, eran las once. Nos despedimos de los arrieros, y cuando nos habíamos alejado media cuadra de la tolda, llamó Justo

a Lorenzo: éste me alcanzó pocos instantes después.

LX

Al día siguiente, a las cuatro de la tarde, llegué al alto de las cruces. Apeéme para pisar aquel suelo, desde donde dije adiós para mí mal a mi tierra nativa. Volví a ver ese valle del Cauca, país tan bello como desventurado ya... Tantas veces había soñado divisarle desde aquella montaña, que después de tenerlo con toda esplendidez, miraba a mi alrededor para convencerme de que en tal momento no era juguete de un sueño.

Mi corazón palpitaba aceleradamente, como si presintiese que pronto iba a reclinarsse sobre él la cabeza de María; y mis oídos ansiaban recoger en el viento una voz perdida de ella. Fijos estaban mis ojos sobre las colinas iluminadas al pié de la sierra distante, donde blanqueaba la casa de mis padres. Lorenzo acababa de darme alcance, trayendo del diestro un hermoso caballo blanco que había recibido en Tocotá para que yo hiciese en él las tres últimas leguas de la jornada.

—Mira—le dije cuando se disponía a ensillármelo, y mi brazo le mostraba el punto blanco de la sierra, al cual no podía yo dejar de mirar, mañana a esta hora estaremos allá.

—¿Pero allá a qué?

—¡Cómo!

—La familia está en Cali.

—¿Tú no me lo habías dicho? ¿Por qué han venido?

—Justo me contó anoche que la señorita seguía muy mala.

Lorenzo, al decir esto, no me miraba, y me pareció conmovido. Monté temblando en el caballo, que él me presentó ensillado ya, y el brioso animal empezó a descender velozmente y casi a

vuelos por el pedregoso sendero. La tarde se apagaba cuando doblé la última cuchilla de las Montañuelas.

Un viento impetuoso de occidente zumbaba en torno de mí en los peñascos y malezas, desordenando las abundantes crines de mi caballo. En el confín del horizonte, a mi izquierda, no blanqueaba ya la casa de mis padres sobre las faldas sombrías de la montaña: y a la derecha, muy lejos, bajo un cielo turquí, se descubrían lampos de la mole del Huila medio arropado por brumas flotantes.

—Quien aquello crió—me decía,—no puede destruir aún la más bella de las criaturas y la que él ha querido que yo más ame.

Y sofocaba de nuevo en mi pecho sollozos que me ahogaban.

Ya dejaba a mi izquierda la pulcra y amena vega del Peñón, digna de su hermoso río y de mis gratos recuerdos de la infancia. La ciudad acababa de dormirse sobre su verde y acojinado lecho, como bandadas de aves enormes que se cernieran buscando sus nidos: divisábanse sobre ella, brillantados por la luna, los follajes de las palmeras. Hube de reunir todo el resto de mi valor para llamar a la puerta de la casa. Un paje abrió. Apeándome, tiré las bridas en sus manos y recorrí precipitadamente el zaguán y parte del corredor que me separaba la entrada del salón; estaba obscuro. Me había adelantado pocos pasos en él cuando oí un grito y me sentí abrazado.

—¡María! ¡Mi María!—exclamé estrechando contra mi corazón aquella cabeza entregada a mis caricias.

—¡Ay! no, no, ¡Dios mío!—interrumpióme sollozante.

Y desprendiéndose de mi cuello, cayó sobre el sofá inmediato: era Emma. Vestía de negro, y la luna acababa de iluminar su rostro lívido y lleno de lágrimas.

Se abrió la puerta del aposento de mi madre en aquel instante. Ella, balbuciente y palpándo-

me con sus besos, me arrastró en los brazos al asiento donde Emma estaba, muda e inmóvil.

—¿Dónde está, pues? ¿dónde está?—grité poniéndome en pie.

—¡Hijo de mi alma!—exclamó mi madre con el más hondo acento de ternura y volviendo a estrecharme contra su seno,—¡en el cielo!

Algo como la hoja fina de un puñal penetró en mi cerebro; les faltó a mis ojos luz y a mi pecho aire. Era la muerte que me hería... Ella, tan cruel e implacable, ¿por qué no supo herir?

EXI

Me fué imposible darme cuenta de lo que por mí había pasado una noche que desperté en un lecho rodeado de personas y objetos que casi no podía distinguir. Una lámpara velada, cuya luz hacía más opacas las cortinas de la cama, difundía por la silenciosa habitación una claridad indecisa. Intenté en vano incorporarme; llamé, y sentí que estrechaban una de mis manos; torné a llamar, y el nombre que débilmente pronunciaba tuvo por respuesta un sollozo. Volvíme hacia el lado de donde éste había salido y reconocí a mi madre, cuya mirada anhelosa y llena de lágrimas estaba fija en mi rostro. Me hizo casi en secreto, y con su más suave voz, muchas preguntas para cerciorarse de si estaba aliviado.

—¿Conque es verdad?—la dije, cuando el recuerdo aún confuso de la última vez en qué la había visto, vino a mi memoria.

Ella, sin responderme, inclinó la frente en el almohadón, uniendo así nuestras cabezas. Después de unos instantes, tuve la crueldad de decirla:

—Así me engañaron... ¿A qué he venido?

—¿Y yo?—me interrumpió humedeciendo mi cuello con sus lágrimas.

Mas su dolor y su ternura no conseguían que algunas lágrimas corriesen de mis ojos. Se tra-

taba seguramente de evitarme toda fuerte emoción, pues poco rato después se acercó silencioso mi padre, y estrechó mi mano entre las suyas, mientras se enjugaba los ojos, sombreados por el insomnio. Mi madre, Eloísa y Emma se turnaron aquella noche para velar cerca de mi lecho, luego que el doctor se retiró prometiendo una lenta, pero positiva reposición. Inútilmente agotaron ellas sus más dulces cuidados para hacerme conciliar el sueño. Así que mi madre se durmió, rendida por el cansancio, supe que hacía algo más de veinticuatro horas que estaba en casa. Emma sabía lo único que me faltaba saber: la historia de sus últimos días, sus últimos momentos y sus últimas palabras. Sentía que para oír esas confidencias terribles me faltaba valor; pero no pude dominar mi sed de dolorosos pormenores, y la hice muchas preguntas. Ella sólo me respondía con el acento de una madre que hace dormir a su hijo en la cuna:

—Mañana

Y acariciaba mi frente con sus manos o jugaba con mis cabellos.

EXII

Tres semanas habían transcurrido desde mi regreso, durante las cuales me detuvieron a su lado. Emma y mi madre, aconsejadas por el médico, disculpaban su tenacidad con el mal estado de mi salud. Los días y las noches de dos meses habían pasado sobre su tumba, y mis labios no habían murmurado una oración sobre ella. Sentíame aún sin la fuerza necesaria para visitar la abandonada mansión de nuestros amores, para mirar aquel sepulcro que a mis ojos la escondía y la negaba a mis brazos. Pero en estos sitios debía esperarme ella, allí estaban tristes presentes de su despedida para mí, que no había volado a recibir su último adiós y su primer beso antes que

la muerte helara sus labios. Emma fué exprimiendo lentamente en mi corazón toda la amargura de las postreras confidencias de María para mí. Así recomendada para romper el dique de mis lágrimas, no tuvo más tarde cómo enjugarlas, y mezclando las suyas a las mías pasaron esas horas dolorosas y lentas. En la mañana que siguió a la tarde en que María me escribió su última carta, Emma, después de haberla buscado inútilmente en la alcoba, la halló sentada en el banco de piedra del jardín; dejábase ver lo que había llorado; sus ojos, fijos en la corriente, agrandados por la sombra que los circundaba, humedecían aún con algunas lágrimas despaciosas aquellas mejillas pálidas y enflaquecidas, antes tan llenas de gracia y lozanía; exhalaba sollozos ya débiles, ecos de otros en que su dolor se había desahogado.

—¿Por qué has venido sola hoy?—la preguntó Emma abrazándola, —yo quería acompañarte como ayer.

—Sí—le respondió, —lo sabía; pero deseaba venir sola: creí que tendría fuerzas. Ayúdame a andar.

Se apoyó en el brazo de Emma y se dirigió al rosal de enfrente a mi ventana. Luego que estuvieron cerca de él, María lo contempló casi sonriente, y quitándole las dos rosas más frescas, dijo:

—Tal vez serán las últimas. Mira cuántos botones tiene; tú le pondrás a la Virgen las más hermosas que se vayan abriendo.

Acercando a su mejilla la rama más floreciente, añadió:

—¡Adiós, rosal mío, emblema querido de su constancia! Tú le dirás que lo cuidé mientras pude—dijo volviéndose a Emma, que lloraba con ella.

Mi hermana quiso sacarla del jardín, diciéndola:

—¿Por qué te entristeces así? ¿No ha convenido papá en aplazar nuestro viaje? Volveremos todos los días. ¿No es verdad que te sientes mejor?

—Estémonos todavía aquí—le respondió, acercándose lentamente a la ventana de mi cuarto; la estuvo mirando, olvidada de Emma, y se inclinó después a desprender todas las azucenas de su

mata predilecta, diciendo a mi hermana:—Dile que nunca dejó de florecer. Ahora sí, vámonos.

Volvió a detenerse en la orilla del arroyo, y mirando en torno suyo, apoyó la frente en el seno de Emma, murmurando:

—¡Yo no quiero morirme sin volver a verlo aquí!

Durante el día se halló más triste y silenciosa que de costumbre. Por la tarde estuvo en mi cuarto y dejó en el florero, unidas con algunas hebras de hilo, las azucenas que había cogido por la mañana; y allí fué Emma a buscarla cuando ya había oscurecido. Estaba reclinada de codos en la ventana, y los bucles desordenados de la cabellera casi le ocultaban el rostro.

—María—le dijo Emma después de haberla mirado en silencio unos momentos, —¿no te hará daño este viento de la noche?

Ella, sorprendida al principio, le respondió tomándola de la mano, atrayéndola a sí y haciendo que se sentase a su lado en el sofá:

—Ya nada puede hacerme daño.

—¿No quieres que vayamos al oratorio?

—Ahora no: deseo estar aquí todavía: tengo que decirte tantas cosas...

—¿No hay tiempo para que me las digas en otra parte? Tú, tan obediente a las prescripciones y los consejos, hace dos días que no eres ya dócil como antes.

—Es que no saben que voy a morirme—respondió abrazando a Emma y sollozando contra su pecho.

—¡Morirte! ¡Morirte cuando Efraín va a llegar!

—Sin verle otra vez, sin decirle... morirme sin poderle esperar. Esto es espantoso—agregó estremeciéndose después de una corta pausa, —pero es cierto, nunca los síntomas del acceso han sido como los que estoy sintiendo. Yo necesito que lo sepas todo antes que me sea imposible decirte. Oye: quiero dejarte cuanto yo poseo y le ha sido amable. Pondrás en el cofrecito en que tengo sus cartas y las flores secas, este guardapelo donde

están sus cabellos y los de mi madre: esta sortija que puso en mis manos en vísperas de su viaje; y en mi delantal azul envolverás mis trenzas... No te aflijas así—continuó acercando su mejilla fría a la de mi hermana,—yo no podría ya ser su esposa... Dios quiere librarle del dolor de hallarme como estoy, del trance de verme expirar. ¡Ay! no podría morirte conforme dándole el último adiós. Estréchale por mí en tus brazos y dile que en vano luché por no abandonarle... que me espantaba más su soledad que la muerte misma, y...

María dejó de hablar y temblaba en los brazos de Emma; cubrióla ésta de besos y sus labios la hallaron yerta; llamóla y no respondió; dió voces y acudieron en su auxilio. Todos los esfuerzos del médico fueron infructuosos para volverla del acceso, y en la mañana del siguiente día se declaró impotente para salvarla. El anciano cura de la parroquia acudió a las doce al llamamiento que se le hizo. Frente al lecho de María se colocó en una mesa adornada con las más bellas flores del jardín, el crucifijo del oratorio, entre dos cirios benditos. De rodillas ante aquel altar humilde y perfumado, oró el sacerdote durante una hora, y al levantarse le entregó uno de los cirios a mi madre y otro a Mayn, para acercarse con ellos al lecho de la moribunda. Mi madre y mis hermanas, Luisa, sus hijas y algunas esclavas se arrojaron para presenciar la ceremonia. El ministro pronunció estas palabras al oído de María:

—Hija mía: Dios viene a visitarte: ¿quieres recibirle?...

Ella continuó muda e inmóvil, como si durmiese profundamente. El sacerdote miró a Mayn, quien, comprendiendo al instante aquella mirada, tomó el pulso a María, diciendo en seguida en voz baja:

—Cuatro horas lo menos.

El sacerdote la bendijo y la ungió. Los sollozos de mi madre, mis hermanas y las hijas del montañés, acompañaron la oración. Una hora después

de la ceremonia, Juan se había acercado al lecho, y se empinaba para alcanzar a ver a María, llorando porque no le subían. Tomóle mi madre en sus brazos y lo sentó en él.

—¿Está dormida?—preguntó el inocente, reclinando la cabeza en el mismo almohadón en que descansaba la de María y tomándole en sus manecitas una de las trenzas, como acostumbraba para dormirse.

Mi padre interrumpió esta escena, que agotaba las fuerzas de mi madre y que los asistentes presenciaban contristados. A las cinco de la tarde, Mayn, que permanecía a la cabecera pulsando constantemente a María, se puso en pié, sus ojos humedecidos dejaron comprender a mi padre que había terminado la agonía.

Sus sollozos hicieron que Emma y mi madre se precipitasen sobre el lecho. Estaba como dormida... para siempre... ¡muerta! sin que mis labios hubiesen aspirado su postrer aliento, sin que mis oídos hubiesen escuchado su último adiós, sin que algunas de tantas lágrimas vertidas por mí después sobre su sepulcro, hubiesen caído sobre su frente. Cuando mi padre se convenció de que María había muerto ya, ante su cadáver, bañado de la luz de los arboles de la tarde que penetraba en la estancia por una ventana que acababan de abrir, exclamó con voz enronquecida por el llanto, besando una de esas manos ya yertas e invisible:

—¡María!... ¡hija de mi corazón!... ¿Por qué nos dejas así?... ¡Ay! ya nunca más podrás oírme... ¿Qué responderé a mi hijo cuando me pregunte por tí? ¿Qué hará, Dios mío?... ¡Muerta! ¡muerta sin haber exhalado una queja!

Ya en el oratorio, sobre la mesa enlutada, vestida de gro blanco y tendida en el ataúd, había en su rostro algo de sublime resignación. La luz de los cirios brillando en su frente tersa y sobre sus anchos párpados, proyectaba la sombra de las pestañas sobre las mejillas; aquellos labios nálidos parecían haberse helado cuando intenta-

ban sonreír; podría creerse que alentaba aún. Sombreadabanle la garganta las trenzas medio envueltas en una toca de gasa blanca, y entre las manos, descansando sobre el pecho, sostenía un crucifijo. Así la vió Emma, a las tres de la madrugada, al acercarse a cumplir el más terrible encargo de María.

El sacerdote estaba orando de rodillas al pie del ataúd; la brisa de la noche, perfumada de rosas y azahares, agitaba la llama de los cirios gastados ya.

—Cref—decíame Emma,—que al cortar la primera trenza iba a mirarme tan dulcemente como solía si reclinaba la cabeza en mi falda, cuando la peinaba. Púselas al pie de la imagen de la Virgen, y por última vez le besé las mejillas. Cuando desperté dos horas después, ya no estaba allí.

Braulio, José y cuatro peones más condujeron al pueblo el cadáver, cruzando estas llanuras y descansando bajo aquellos bosques por donde, en una mañana feliz, pasó María a mi lado, amante y amada, el día del matrimonio de Tránsito. Mi padre y el cura seguían paso a paso el convoy... ¡ay de mí! ¡humilde y silencioso como el de Nay! Mi padre regresó al medio día lentamente y ya solo. Al apearse hizo esfuerzos inútiles para sofocar los sollozos que le ahogaban. Sentado en el salón, en medio de Emma y mi madre, y rodeado de los niños, que aguardaban inútilmente sus caricias, dió rienda a su dolor, haciéndose necesario que mi madre procurase infundirle una conformidad que ella misma no podía tener.

—Yo—decía él,—yo autor de ese viaje maldecido, la he matado. Si Salomón pudiera venir a pedirme su hija, ¿qué habría yo de decirle?... Y Efraín... Y Efraín... ¡Ah! ¿para qué le he llamado? ¿Así le cumpliré mis promesas?...

Aquella tarde dejaron la hacienda de la sierra para ir a pernoctar en el valle, de donde debían emprender al día siguiente el viaje a la ciudad.

Braulio y Tránsito convinieron en habitar la

casa para cuidar de ella durante la ausencia de la familia.

LXIII

Dos meses después de la muerte de María, el 10 de Septiembre, oía yo a Emma el final de aquella relación que ella había tardado en hacerme el mayor tiempo posible. Era de noche ya y Juan dormía sobre mis rodillas, costumbre que había contraído desde mi regreso, porque acaso adivinaba instintivamente que yo procuraría reemplazarle en parte el amor y los maternales cuidados de María. Emma me entregó la llave del armario en que estaban guardados en la casa de la sierra los vestidos de María y todo aquello que más especialmente había recomendado que se guardara para mí. A la madrugada del día que siguió a esa noche, me puse en camino para Santa***, en donde hacía dos semanas que permanecía mi padre, después de haber dejado prevenido todo lo necesario para mi regreso a Europa, el cual debía emprender el 18 de aquel mes. El 12, a las cuatro de la tarde, me despedía de mi padre, a quien había hecho creer que pasaba la noche en la hacienda de Carlos, para de esa manera estar más temprano en Cali al día siguiente. Cuando abracé a mi padre, tenía él en las manos un paquete sellado, y entregándomelo, me dijo:

—A Kingston: contiene la última voluntad de Salomón y la dote de su hija. Si mi interés por tí —agregó con voz que la emoción hacía trémula, —me hizo alejarte de ella y precipitar tal vez su muerte... tú sabrás disculparme...

Oído que hubo la respuesta que profundamente conmovido dí a esa excusa paternel, me estreché de nuevo entre sus brazos. Aun persiste en mi oído su acento al pronunciar aquel adiós. Saliendo de la llanura de***, después de haber vadeado

el Amaime, esperé a Juan Angel para indicarle que tomase el camino de la sierra. Miróme como asustado con la orden que recibía; pero viéndome doblar hacia la derecha, me siguió tan de cerca como le fué posible, y poco después lo perdí de vista.

Ya empezaba a oír el ruido de las corrientes del Zabaletas; divisaba las copas de los sauces. Detúveme en el asomadero de la colina. Dos años antes, en una tarde como aquella, que entonces armonizaba con mi felicidad y ahora era indiferente a mi dolor, había divisado desde allí mismo las luces de aquel hogar donde con amorosa ansiedad era esperado. María estaba allí... ya aquella casa cerrada y sus contornos solitarios y silenciosos: entonces el amor que nacía, y ahora el amor sin esperanza. Allí, a pocos pasos del sendero que la grana empezaba a borrar, veía la ancha piedra que nos sirvió de asiento tantas veces en aquellas felices tardes de lectura. Estaba, al fin, inmediato al huerto confidente de mis amores; las palomas y los tordos aleteaban piando y gimiendo en los follages de los naranjos: el viento arrastraba las hojas secas sobre el empedrado de la gradería.

Salté del caballo, abandonándolo a su voluntad, y sin fuerza ni voz para llamar, me senté en uno de aquellos escalones, desde donde tantas veces su voz acariciadora y sus ojos amantes me dijeron adiós.

Rato después, casi de noche ya, sentí pasos cerca de mí: era una anciana esclava, que habiendo visto mi caballo suelto en el pesebre, salía a saber quién era su dueño. Seguíale trabajosamente Mayo; la vista de este animal, amigo de mi niñez, cariñoso compañero de mis días de felicidad, arrancó gemidos a mi pecho; presentándose su cabeza para recibir mi agasajo, lamía el polvo de mis botas, y sentándose a mis pies, aulló dolorosamente. La esclava trajo las llaves de la casa, y al mismo tiempo me avisó que Braulio y Tránsito estaban en la montaña. Entré en el salón y

dando algunos pasos en él, sin que mis ojos nublados pudiesen distinguir los objetos, caí en el sofá donde con ella me había sentado siempre, donde por vez primera le hablé de mi amor. Cuando levanté el rostro, me rodeaba ya una completa obscuridad. Abrí la puerta del aposento de mi madre, y mis espuelas resonaron lúgubramente en aquel recinto frío y oloroso a tumba. Entonces una nueva fuerza de mi dolor me hizo precipitar al oratorio. Iba a pedírsela a Dios... ¡ni él podía ya devolvérmela en la tierra! Iba a buscarla allí donde mis brazos la habían estrechado, donde por vez primera mis labios descansaron sobre su frente... La luz de la luna, que se levantaba penetrando por la celosía entreabierta, me dejó ver lo único que podía encontrar: el paño fúnebre medio caído de la mesa donde su ataúd descansó: los restos de los cirios que habían alumbrado el túmulo... el silencio sordo a mis gemidos, ¡la eternidad muda ante mi dolor! Ví la luz en el aposento de mi madre: era Juan Angel, que acababa de poner una bujía en una de las mesas; la tomé, mandándole con un ademán que me dejase solo, y me dirigí a la alcoba de María. Algo de sus perfumes había allí. Velando las últimas prendas de su amor, su espíritu debía estarme esperando. El crucifijo aún sobre la mesa; las flores marchitas sobre su peana; el lecho donde había muerto, dismantelado ya; tefidas todavía algunas copas con las últimas pociones que le habían dado. Abrí el armario; todos los aromas de los días de nuestro amor se exhalaban a un tiempo. Mis manos y mis labios palparon aquellos vestidos tan conocidos para mí. Abrí el cajón que Emma me había indicado; el cofre precioso en él. Un grito se escapó de mi pecho, y una sombra me cubrió los ojos al desenrollarse entre mis manos aquellas trenzas que parecían sensibles a mis besos.

Una hora después... ¡Dios mío! tú lo sabes, yo había recorrido el huerto llamándola, pidiéndosela a los árboles que nos habían dado su som-

bra, y al desierto, que en ecos solamente devolvía su nombre. A la orilla del abismo cubierto por los rosales, en cuyo fondo informe y oscuro blanqueaban las tinieblas y tronaba el río, un pensamiento criminal estancó por un instante mis lágrimas y enfrió mi frente...

Alguien de quien me ocultaban los rosales, pronunció mi nombre cerca de mí; era Tránsito. Al aproximarse, debió producirle espanto mi rostro, pues por unos momentos permaneció asombrada. La respuesta que la di a la súplica que me hizo para que dejara aquel sitio, le reveló quizá en su amargura todo el desprecio que en tales instantes sentía por la vida. La pobre muchacha se puso a llorar sin insistir en el momento; pero reanimada, con la voz doliente de una esclava quejosa:

—¿Tampoco quiere ver a Braulio ni a mi hijo?

—No llores, Tránsito, y perdóname—la dije.—

¿Dónde están?

Ella estrechó una de mis manos, sin haber enjugado todavía sus lágrimas, y me condujo al corredor del jardín, en donde su marido me esperaba. Después que Braulio recibió mi abrazo, Tránsito puso en mis rodillas un precioso niño de seis meses, y arrodillada a mis pies, sonreía a su hijo y me miraba, complacida, acariciar el fruto de sus inocentes amores.

LXIV

¡Inolvidable y última noche pasada en el hogar donde corrieron los años de mi niñez y los días felices de mi juventud! Como el ave, impelida por el huracán a las pampas abrasadas, intenta en vano segar su vuelo hacia el umbroso bosque nativo, y ajados ya los plumajes, regresa a él después de la tormenta y busca inútilmente el nido de sus amores revoloteando en torno del árbol destrozado, así mi alma abatida va en las

horas de mi sueño a vagar en torno del que fué el hogar de mis padres.

Frondosos naranjos, gentiles y verdes sauces que conmigo crecisteis, ¡cómo habréis envejecido! Rosas y azucenas de María, ¿quién las amará si existen? Aromas del lozano huerto, no volveré a aspiraros; susurradores vientos, rumoroso río... ¡no volveré a oiros!

La media noche me halló levantado en mi cuarto. Todo estaba allí como yo lo había dejado; solamente las manos de María habían removido lo indispensable, engalanando la estancia para mi regreso: marchitas y carcomidas por los insectos permanecían en el florero las últimas azucenas que ella había puesto. Ante aquella mesa abrí el paquete de las cartas que me había devuelto al morir. Aquellas líneas borradas por mis lágrimas y trazadas por mí cuando tan lejos estaba de creer que serían mis últimas palabras dirigidas a ella; aquellos pliegos ajados en su seno fueron desplegados y leídos uno a uno; y buscando entre las cartas de María la contestación de cada una de las que yo la había escrito, compaginé ese diálogo de inmortal amor dictado por la esperanza e interrumpido por la muerte. Teniendo entre mis manos las trenzas de María y recostado sobre el sofá en que Emma había oído sus postreras confidencias, sonaron las dos en el reloj: él había medido las horas de aquella noche angustiosa, víspera de mi viaje, él debía medir también las de la última que pasé en la morada de mis mayores.

Soné que María era ya mi esposa: este castísimo delirio había sido y debía continuar siendo el único deleite de mi alma; vestía un traje blanco y vaporoso, y llevaba un delantal azul, como si hubiese sido formado de un girón de cielo; era aquel delantal que tantas veces le ayudé a llenar de flores, y que ella sabía atar tan linda y descuidadamente a su cintura inquieta, aquel en que había yo encontrado envueltos sus cabellos; entreabrió cuidadosamente la puerta de mi cuarto